

ISAAC

ASIMOV

LOS ENIGMAS DE LOS

*Viudos Negros*



Fascinantes  
relatos de misterio  
que estimulan  
la inteligencia  
del lector

Una vez al mes, los siete miembros del Club de los Viudos Negros se reúnen para cenar en su restaurante favorito, en donde siempre les sirve un camarero llamado Henry, también miembro del club. Con motivo de cada cena se invita a alguien especial, quien expone a sus anfitriones un problema de ardua solución. Los Viudos Negros deberán unir sus esfuerzos mentales para resolver el enigma, si bien Henry, el camarero, es quien suele dar la última sorpresa...

*Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o bien se usan de modo ficticio. Cualquier parecido con acontecimientos reales o personas vivas o muertas, es pura coincidencia.*

*A la memoria de Linwood V. Carter (1930-1988)  
y John D. («Doc») Clark (1907-1988), que me  
inspiraron a Mario Gonzalo y a James Drake,  
respectivamente.*

## CONTENIDO

- «El cuarto homónimo» (*The Fourth Homonym*, 1985)
- «Que sea único depende de cómo se mire» (*Unique Is Where You Find It*, 1985)
- «El amuleto» (*The Lucky Piece*, 1990)
- «El triple diablo» (*Triple Devil*, 1985)
- «Crepúsculo sobre el agua» (*Sunset on the Water*, 1986)
- «¿Dónde está él?» (*Where Is He?*, 1986)
- «El bolso viejo» (*The Old Purse*, 1987)
- «El lugar tranquilo» (*The Quiet Place*, 1988)
- «El trébol de cuatro hojas» (*The Four-Leaf Clover*, 1990)
- «El sobre» (*The Envelope*, 1989)
- «La coartada» (*The Alibi*, 1989)
- «La receta» (*The Recipe*, 1990)

## INTRODUCCIÓN

Mi primera historia de Viudos Negros, *The Acquisitive Chuckle*, fue escrita en 1971 y publicada en la edición de enero de 1972 del *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Yo la había concebido como una obra aislada; pero Frederic Dannay (uno de los dos autores que constituían *Ellery Queen*) pensó que podía ser una buena serie. Así pues continué y, hasta ahora, he escrito no menos de sesenta de estas historias y las he reunido en colecciones, doce relatos en cada una. Ésta, por tanto, *Puzzles of the Black Widowers* (Los enigmas de los viudos negros) es la quinta colección.

Pero, entre la primera narración y la sexagésima han pasado diecisiete años y esto significa que ha habido cambios. Por ejemplo, creo que tengo, por lo menos, tres o cuatro años más que hace diecisiete años, aunque puede que esto se deba tan sólo a mi pesimismo innato, que no puedo evitar. Un cambio mucho más serio es que Fred Dannay murió en 1982, una pérdida para todos aquellos que pertenecen al campo de la narrativa de misterio.

Otros cambios han afectado al club en el cual está basada esta serie. He explicado en colecciones anteriores que existe en la realidad una organización llamada los *Trap-Door Spiders* que tiene ya más de cuarenta años y que se parece mucho a los Viudos Negros. En realidad, he configurado a estos últimos, basándome en los primeros, aunque de un modo muy libre.

Utilicé seis *Spiders* como modelos para mis Viudos Negros, escogiéndolos más o menos al azar y asegurándome de que no les importaba. Describí de ellos tan sólo el as-

pecto físico de mis personajes y alguna de las características de su trato (como la firmeza de opiniones de Emmanuel Rubin, la impaciencia de Thomas Trumbull, la pedantería ocasional, pero encantadora, de Geoffrey Avalon, etc.).

Para dejar constancia, aquí están los nombres de las personas auténticas que se encuentran detrás de mis Viudos Negros:

Lester del Rey: Emmanuel Rubin.

L. Sprague de Camp: Geoffrey Avalon.

Don Bensen: Roger Halsted.

Lin Carter: Mario Gonzalo.

Gilbert Cant: Thomas Trumbull.

John D. Clark: James Drake.

Los *Trap-Door Spiders* todavía existen después de diecisiete años, y el club sigue fuerte; aunque, como es natural, ha habido cambios entre sus miembros. Algunos de los antiguos socios han muerto, y han sido elegidos otros nuevos.

En la realidad, y para mi desgracia, tres de aquellos a los que hice cargar con los *alter ego* de los Viudos Negros han pasado al banquete perpetuo del cielo. Son Gilbert Cant, que murió en 1982; y Lin Carter y John D. Clark, fallecidos ambos en 1988.

Sin embargo, sus réplicas continúan siendo Viudos Negros, y lo serán mientras yo mismo continúe ocupando mi cuerpo, que va envejeciendo. Tampoco nadie se hará mayor o se pondrá enfermo o se volverá achacoso. Dentro de las historias de los Viudos Negros, el tiempo no existirá y los enigmas continuarán de forma indefinida.

Podría añadir, una vez más, que Henry no está calcado de nadie, sino que es mi propia creación (aunque más de una persona se ha preguntado si yo tenía en la cabeza al «Jeeves» de P. G. Wodehouse, puesto que idolatro a este autor. Quién sabe, puede que lo tenga), Henry tampoco envejecerá y, no teman, nunca será confundido, sino que continuará resolviendo cada enigma que surja mientras yo viva.

## EL CUARTO HOMÓNIMO

—¡Homónimos! —exclamó Nicholas Brant, invitado de Thomas Trumbull en el banquete mensual de los Viudos Negros.

Era más bien alto y tenía unas bolsas sorprendentemente prominentes bajo los ojos, a pesar de su apariencia relativamente joven. Su cara era delgada y estaba afeitada con pulcritud. Su cabello castaño no mostraba por el momento señales de canas.

—¡Homónimos! —repitió.

—¿Qué? —preguntó Mario Gonzalo con tono inexpresivo.

—Las palabras que llamas «equisonantes». Su verdadero nombre es «homónimos».

—¿Ah, sí? —inquirió Gonzalo—. Deletréamelo.

Brant lo deletró.

Emmanuel Rubin miró con aire de búho a través de los espesos cristales de sus gafas y dijo:

—Tendrá usted que excusar a Mario, Mr. Brant. No domina nuestra lengua.

Gonzalo se cepilló algunas motas de polvo de la manga de su chaqueta y observó:

—Manny está corroído por la envidia porque he inventado un juego de palabras. Conoce las palabras, pero no tiene ni una chispa de inventiva y eso le mata.

—Seguro que a Mr. Rubin no le falta inventiva —suavizó Brant—. He leído algunos libros suyos.

—Dejemos mi caso —sugirió Gonzalo—. De todos modos, estoy deseando llamar a mi juego «homónimos», en



lugar de «equisonantes». La cosa es inventar cualquier situación corta que pueda ser descrita por dos palabras que sean equisonantes... Bueno, homónimos. Le daré un ejemplo: si el cielo está muy despejado, es fácil decidir irse de picnic al aire libre. Si está lloviendo a cántaros es fácil decidir no ir de picnic. Pero qué pasa si está nublado y el pronóstico es de posibles chubascos; pero parece haber trozos de azul de cuando en cuando, de modo que uno no puede decidirse en cuanto al picnic. ¿Cómo le llamaría a eso?

—Una historia estúpida —contestó Trumbull con aspereza, pasándose la mano por su cabello blanco y rizado.

—Vamos —intervino Gonzalo—, siga el juego. La respuesta es dos palabras que suenen igual.

Hubo un silencio general y Gonzalo continuó:

—La respuesta es *whether weather*. Es la clase de *weather* (tiempo) en la que uno se pregunta *whether* (si) ir de picnic o no. *Whether weather*. ¿No lo capta?

James Drake aplastó su cigarrillo y contestó:

—Lo captamos. La cuestión es, ¿cómo nos libramos de esto?

Roger Halsted dijo con su suave voz:

—No le hagas caso, Mario. Es un juego de salón razonable, salvo que no parece haber muchas combinaciones que puedas usar.

Geoffrey Avalon bajó la vista austeramente desde su altura de metro ochenta y tantos y contestó:

—Más de las que pueden imaginarse. Supongamos que usted posea un morueco castrado que esté alegre los días claros y triste los lluviosos. Si estuviera nublado, usted podría preguntarse si ese morueco estaría triste o alegre. Eso sería *whether, wether, weather*.

El coro replicó indignado:

—¿Quéeee?

Avalon explicó:

—La primera palabra es *whether* que significa si. La última palabra es *weather* que se refiere a las condiciones at-

mosféricas. La palabra central es *wether*, que significa un morueco castrado. Mírenlo en el diccionario si no me creen.

—No se preocupen —recomendó Rubin—. Tiene razón.

—Repito —gruñó Trumbull— que esto es un juego estúpido.

—No tiene que ser un juego —observó Brant—. Los abogados son muy conscientes de las ambigüedades creadas en el lenguaje y los homónimos pueden causar dificultades.

La voz suave de Henry, aquel camarero apto para todas las situaciones, se hizo oír sobre el barullo por obra de alguna alquimia que solamente funcionaba para él.

—Caballeros —anunció—, he de interrumpir una discusión acalorada, pero se está sirviendo la cena.

—Aquí hay otro —dijo Gonzalo hablando por encima de la trucha ahumada—. Alguien ha anotado todos los números y en todos ellos, excepto en uno ha dibujado una cara muy inteligente. Un niño que lo observa está encantado, pero no satisfecho porque el proyecto no se halla terminado. ¿Qué es lo que dice?

Halsted, que estaba esparciendo delicadamente sobre su trucha la salsa de rábanos picantes, contestó:

—El niño dice: *Do that to two, too* (Haz esto también a dos).

Gonzalo preguntó con aire afligido:

—¿Había oído eso en algún sitio?

—No —contestó Halsted—; pero es un ejemplo matemático del juego. ¿Cómo voy a enseñar matemáticas en un instituto si no puedo resolver problemas que implican el número dos?

Gonzalo frunció el ceño.

—¿Está intentando ser gracioso, Roger?

—¿Quién? ¿Yo?

Trumbull intervino:

—Como anfitrión de esta noche, me gustaría recomendar que cambiáramos de tema.

Nadie mostró señal alguna de haberle escuchado.

Avalon sentenció:

—Los homónimos suelen ser consecuencia de accidentes de la historia del lenguaje. Por ejemplo, *night* (noche), palabra por la cual significo lo contrario de día, es análoga a la alemana *Nacht* (noche); mientras que *knight*, por la cual quiero decir un caballero de la Tabla Redonda, es afín a la alemana *Knecht*. En inglés, las vocales cambiaron y la *k* es invariablemente silenciosa en una inicial *kn*, de modo que se termina con dos palabras pronunciadas de modo idéntico.

—Las iniciales *kn* no dan invariablemente una *k* silenciosa —objetó Rubin—. Existen algunas palabras que no están suficientemente anglicadas. Tengo un amigo judío que se casó con una señorita de fe no judía. Deseosa de complacer a su reciente marido, compró algunas delicadezas étnicas para él, que ella exhibió con orgullo. Enumerando sus compras, dijo: «Y también te he comprado este *nish*». Se quedó muy aturdida cuando él rompió en una risa histérica.

Drake observó:

—No lo he captado.

Rubin explicó con un punto de impaciencia:

—La palabra es *knish*, con la *k* fuertemente pronunciada. Es una bola de pasta en cuyo interior se ponen patatas machacadas con especias, o algún otro relleno, y luego se fríen o se asan. Cualquier neoyorquino debería saberlo.

Trumbull suspiró y dijo:

—Bien, si no puedes vencerlos, únete a ellos. ¿Alguien es capaz de decirme un grupo de cuatro homónimos, cuatro palabras que se pronuncien igual, con deletreo y significado distinto en cada caso? Les daré cinco minutos en los cuales espero un bendito silencio.

Los cinco minutos transcurrieron de forma bastante agradable, con el único sonido de las crujientes cascaras de

langosta golpeando en los tímpanos, y entonces Trumbull continuó:

—Les daré una de las palabras: *right*, que significa lo contrario de izquierdo. ¿Cuáles son las otras tres?

Halsted contestó, con la boca todavía llena de patas de langosta:

—Existe *write*, que significa escribir palabras y *rite*, que es un procedimiento religioso determinado; pero no creo que haya una cuarta.

Avalon afirmó:

—Sí, la hay. Es *wright*, *w-r-i-g-h-t*, que significa mecánico.

—Eso es arcaico —protestó Gonzalo.

—No del todo —dijo Avalon—; todavía hablamos de *playwright* refiriéndonos a alguien que escribe comedias.

Brant intervino:

—Mi amigo Tom ha mencionado *right* definiéndolo como lo contrario de izquierda. ¿Qué opinan de *right*, que es lo contrario de *wrong* (equivocado) y *right*, significando perpendicular? ¿Serían un quinto y un sexto homónimos?

—No —observó Gonzalo—, el deletreo tiene que ser distinto para que las palabras sean homónimos, al menos mientras se siga este juego mío.

Avalon opinó:

—No siempre, Mario. Dos palabras pueden ser deletreadas del mismo modo, pero tener diferentes significados y distintos orígenes etimológicos; y se contarían como homónimos. Por ejemplo, *bear* (oso), que se refiere al animal y *bear* que quiere decir llevar, tienen el mismo deletreo y pronunciación; pero diferentes orígenes, de modo que yo les llamaría homónimos; además de *bare*, desnudo, naturalmente. Sin embargo, los diferentes usos de *right*, como en *right hand* (mano derecha), *right answer* (respuesta correcta) y *right angle* (ángulo recto), proceden todas de la misma raíz con el mismo significado, de modo que no serían homónimos.

Hubo quince minutos adicionales antes de que Trumbull se creyera justificado para golpear con su cuchara el vaso de agua y detener la conversación.

—Nunca he estado tan contento —manifestó— en ninguno de los banquetes de los Viudos Negros en el momento de poner fin a una conversación. Si tuviera poder absoluto como anfitrión castigaría a Mario con una multa de cinco dólares por haberla comenzado.

—Usted ha tomado parte en ella, Tom —observó Gonzalo.

—En defensa propia... Y a callar —dijo Trumbull—. Me gustaría presentar a mi invitado, Nicholas Brant. Jeff, usted parece civilizado aunque esté más homonimizado que ningún otro, de modo que, ¿me haría el honor de comenzar las preguntas?

Las formidables cejas de Avalon se levantaron al decir:

—Apenas creo que *homonimizado* sea inglés, Tom —y, volviéndose hacia el invitado preguntó—: Mr. Brant, ¿a qué se dedica usted?

Brant sonrió con tristeza.

—No creo que pueda decir «a hacer de abogado». Usted conoce quizás el viejo chiste del tiempo en que Dios amenazó con poner un pleito a Satán y éste le contestó: «¿Cómo podrás? Tengo a todos los abogados.» En mi defensa, sin embargo, he de decir que no soy de la clase de abogado que hace trucos delante de un juez y un jurado. La mayoría de las veces estoy sentado en mi despacho e intento escribir documentos que se proponen decir lo que se supone que dicen.

—Yo mismo soy un abogado manifiesto —declaró Avalon—, de modo que hago la siguiente pregunta sin mala intención. ¿Alguna vez intenta escribirlos de modo que *no* digan lo que se supone que dicen? ¿Trata de establecer argucias?

—Naturalmente —contestó Brant—, intento diseñar un documento que deje a mi cliente toda la libertad de acción posible y a la otra parte la menor que esté en mi mano. Pero la otra parte también tiene un abogado que está trabajando duramente para lo contrario, y el resultado suele ser que el contrato termine razonablemente para ambos.

Avalon hizo una pausa y luego dijo:

—En la discusión anterior sobre homónimos, usted afirmó, si recuerdo bien, que los homónimos eran ambigüedades que podían causar dificultades. ¿Significa eso que usted, profesionalmente, hizo uso de algún homónimo en la preparación de contratos y trajo consigo complicaciones inesperadas?

Brant levantó ambas manos.

—No, no, nada de eso. Lo que tenía en la cabeza cuando hice esa afirmación no tiene nada que ver con el tema que discutimos ahora.

Avalon pasó el dedo alrededor del borde de su vaso de agua.

—Tiene que entender, Mr. Brant, que esto no es un interrogatorio legal. No hay un tema particular en discusión y todo tiene que ver. Repito mi pregunta.

Brant permaneció un momento silencioso y luego continuó:

—Es algo que tuvo lugar hace poco más de veinte años y acerca de lo cual he pensado muy pocas veces desde entonces. El juego de los homónimos de Mr. Gonzalo me lo trajo a la mente; pero no es..., nada. No implica ningún problema legal ni complicación de ningún tipo. Es tan sólo..., un enigma. Se trata de un asunto insoluble que no vale la pena discutir.

—¿Es confidencial? —preguntó Gonzalo—. Porque si es...

—No hay nada confidencial en ello —respondió Brant—. Nada secreto, nada delicado..., y por tanto nada interesante.

Gonzalo intervino:

—Cualquier cosa que sea insoluble es interesante. ¿No está de acuerdo, Henry?

Henry, que estaba llenando los vasos de brandy, contestó:

—Creo que es así cuando existe al menos terreno posible para la especulación, Mr. Gonzalo.

—Bien —comenzó Gonzalo—, entonces, si...

—Mario, déjeme continuar, por favor... —interrumpió Avalon—. Mr. Brant, me pregunto si podría usted darnos detalles de este enigma insoluble suyo. Agradeceríamos mucho oírlo.

—Tendrán una gran decepción.

—Es un riesgo que queremos correr.

—Está bien —aceptó Brant—; si me dan sólo una oportunidad de recordar...

Apoyó la cara sobre la mano, pensando, mientras los seis Viudos Negros lo observaban expectantes. Henry ocupó su lugar habitual junto al aparador.

Brant explicó:

—Comencemos con Alfred Hunzinger. Era un pobre muchacho de una familia de inmigrantes y no poseía ninguna educación digna de mención. Estoy bastante seguro de que nunca fue a un colegio medio. Cuando tenía catorce años, estaba trabajando. Eran las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, y la educación no se consideraba en absoluto como un derecho innato ni siquiera particularmente deseable para los que acostumbraban a llamarse trabajadores. Sin embargo, Hunzinger no era un trabajador corriente. Era industrioso e inteligentísimo. La inteligencia y la educación no van siempre de la mano, ya lo saben.

Rubin dijo de modo un tanto forzado:

—En verdad no lo hacen. He conocido a algunos idiotas educados con mucho esmero.

—Hunzinger era lo contrario —continuó Brant—. Era un genio de los negocios; sin educación ninguna. Tenía capa-